

## Migración en tránsito y prácticas de ayuda solidaria en el centro de Veracruz, México<sup>1</sup>

María Teresa Rodríguez\*

### 1. Introducción

América Central experimenta un creciente auge de movimientos migratorios internos y hacia México y Estados Unidos. La mayoría de los migrantes que atraviesan por México, provienen del llamado Triángulo del Norte centroamericano, formado por Guatemala, Honduras y El Salvador. La situación de precariedad de los mercados de trabajo en estos países, da lugar a continuas modificaciones en la ocupación del espacio, cuyo reflejo más directo son los procesos migratorios transnacionales hacia el norte del continente.

En este contexto general marcado por la fluidez de personas y la continua renovación de rutas de movilidad, los migrantes se encuentran en situaciones de multipolaridad de espacios y de formas de vida. Las situaciones de violencia y despojo que sufren muchos de ellos en su trayecto por México, en un gran número de casos les impiden llegar a su destino final, lo que les obliga a realizar un reajuste de sus metas, o bien a improvisaciones sobre la marcha que les orillan a quedarse temporal o definitivamente en este país (Fernández-Casanueva, 2010, p. 190). Durante su paso por nuestro territorio, los centroamericanos en situación migratoria irregular se ven obligados a pagar cuotas –ya sea durante el trayecto en el tren o en tramos que transitan a pie– a grupos delincuenciales; también son víctimas de robos, secuestros y otras violaciones a sus derechos humanos. Además, recientemente se han recrudecido las medidas implementadas por el Instituto Nacional de Migración para impedir su entrada y trayecto por el país.

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el II Seminario Internacional sobre Migraciones, llevado a cabo los días 29 y 30 de septiembre de 2015 en la Universidad Centroamericana, Managua, Nicaragua.

\* CIESAS-GOLFO, LMI-MESO. Correo electrónico: mtriguez@ciesas.edu.mx.

En parte por ello, así como por las dificultades cada vez mayores para cruzar la frontera norte de México, en muchos casos los migrantes se ven obligados a quedarse en algún punto del territorio mexicana, al agotarse sus reservas o sus intenciones de llegar hasta los Estados Unidos. Hay quienes, incluso, apenas alcanzan a cruzar la frontera con Guatemala y deciden asentarse temporal o definitivamente en las entidades de Chiapas y Tabasco.

Existen por supuesto, individuos y familias que han logrado configurar en México –en espacios restringidos de acción y ciudadanía– un proyecto de vida. De acuerdo con datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI, 2010) en el año 2010 residían legalmente en nuestro país 31 888 guatemaltecos, 9 980 hondureños y 8 864 salvadoreños. Pero no se cuenta con cifras precisas acerca de las personas provenientes de estos países que se han establecido en México en situación migratoria irregular. En los últimos años, los hondureños han incrementado su presencia en la región fronteriza de Chiapas, especialmente en Tapachula. Parte de ellos tienen décadas de permanecer en este espacio y han formado familias (Fernández-Casanueva, 2010; Rivera, 2014; Wilson, 2014).<sup>2</sup>

Afortunadamente contamos con trabajos recientes que han registrado este fenómeno en contextos específicos, como los arriba citados. Conocemos por ejemplo, la condición de las migrantes hondureñas en la frontera del estado de Chiapas, quienes son empleadas principalmente en bares y en el servicio doméstico, bajo condiciones de separación familiar y de extrema precariedad (Fernández-Casanueva, 2010, entre otros). Por otra parte, Jaime Rivas (2013) realizó una detallada etnografía en una localidad del municipio fronterizo de Tapachula, también en el estado de Chiapas, en la cual existe una presencia significativa de salvadoreños empleados en ocupaciones diversas: los hombres principalmente como pescadores y tricicleros, las mujeres como meseras, cocineras y microempresarias. En dicha investigación, Rivas explica el contexto histórico y social de esta pequeña localidad fronteriza, en la cual se han asentado alrededor de una centena de familias salvadoreñas, así como las condiciones y motivos que las orillaron a establecerse en dicho lugar. Por otro lado, existen registros de prensa, así como importantes investigaciones periodísticas y de Organizaciones No Gubernamentales que develan los infortunios y atropellos que viven los migrantes.

A partir de la implementación del Plan Frontera Sur, el Estado mexicano ha reforzado la vigilancia en los principales puntos de cruce en los estados fronterizos de Chiapas y Tabasco, así como en las estaciones migratorias y a bordo de autobuses y trenes, colaborando con Estados Unidos en su objetivo de impedir su llegada a aquel país. Las medidas de control oficial sobre el paso de los migrantes por México (que van desde deportaciones hasta la prohibición de subirse a los trenes), aunadas a los ataques, extorsiones y secuestros de los grupos criminales, contribuyen al incremento de los riesgos y peligros del viaje. Estas situaciones han repercutido en un aumento de las condiciones de vulnerabilidad de los migrantes. Se han multiplicado las formas de violencia que se ejercen sobre ellos y los controles fronterizos que dificultan los

---

2 Cortés es el departamento con el mayor índice de emigración de Honduras, con un 13 %, siendo al mismo tiempo una de las 50 jurisdicciones subnacionales más violentas del mundo (Choy Gómez, 2013).

accesos legales y documentados (Alvarez, 2011, citado por Barrón, 2013, p. 35).

Frente a este complejo panorama, considero relevante observar de qué manera las formas actuales de circulación de personas procedentes de los países del Triángulo del Norte centroamericano, contribuyen a la redefinición de colectivos e imaginarios en las dinámicas sociales de la vida cotidiana en los lugares de paso; es decir, qué tipo de respuestas se generan frente al establecimiento o tránsito de familias y/o individuos procedentes de Centroamérica en situación migratoria irregular. Los testimonios y observaciones indican que las reacciones pueden ser muy diversas: desde las agresiones físicas y los despojos de sus pertenencias por parte de delinquentes y pandillas, las medidas de acoso y abusos por parte de las autoridades migratorias, hasta formas de solidaridad organizadas por agrupaciones religiosas, familias y grupos de la sociedad civil.

A continuación, trato de señalar -con base en trabajo de observación empírica en una localidad del estado de Veracruz, México- que existen respuestas alentadoras frente a las limitaciones pragmáticas y condicionantes jurídicas a las cuales se enfrentan los migrantes; reacciones de y desde los grupos subalternos que dan lugar a la formación de redes de apoyo humanitarias y contractuales.

## 2. La región Córdoba-Orizaba en el trayecto migratorio

Las rutas de entrada a México desde Centroamérica, tanto por Chiapas como por Tabasco, convergen en el estado de Veracruz, entidad ubicada en el oriente del país y colindante con el Golfo de México. Desde Veracruz, muchos de los migrantes que buscan llegar a la frontera norte, se desplazan hacia el centro del país, con dirección a la localidad denominada Lechería, en el estado de México. En esta población se ubica una importante estación ferroviaria; desde ahí los migrantes continúan su camino hacia Estados Unidos a bordo del tren ya sea para llegar a la franja occidental fronteriza (Baja California y Sonora), o bien para cruzar a territorio estadounidense por el oriente (Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León).<sup>3</sup>

De ahí que el estado de Veracruz desde antaño ha formado parte del corredor migratorio del Golfo de México, y es a la vez lugar de origen de migrantes transnacionales, lugar de tránsito y lugar de destino. Durante el trayecto por el estado Veracruz, las poblaciones de Sayula de Alemán, José Azueta, Tierra Blanca y Orizaba constituyen los principales puntos de riesgo, como lo registra la prensa, los testimonios de migrantes y diversas investigaciones (por ejemplo Barrón, 2013)

---

3 Es importante señalar que las condiciones actuales de la migración centroamericana, han dado lugar a una diversificación de rutas, metas y medios de transporte, difícil de caracterizar en este texto.



**Ilustración 1.** Mapa de líneas ferroviarias en México

El tránsito migratorio por esta entidad data de hace por lo menos dos décadas, por lo que a lo largo de los años se han ido configurando diferentes respuestas y reacciones por parte de la población en relación a los migrantes. Como sabemos, en México recientemente han jugado un destacado papel una diversidad de grupos organizados de la sociedad civil, muchos de los cuales –desde la plataforma religiosa– apoyan a los migrantes en tránsito proporcionándoles ayuda material, humanitaria y asesoría legal. En el estado de Veracruz se tiene el registro de ocho agrupaciones no gubernamentales que otorgan ayuda a los migrantes, mediante comedores gratuitos, albergues temporales, o como centros de acopio y repartición de alimentos. Todas ellas se encuentran vinculadas a la Iglesia Católica.

En la región Córdoba-Orizaba (en el estado de Veracruz, México), existen por lo menos tres organizaciones de las que se tiene registro: “Las Patronas” y “Vive Migrante” en el municipio de Amatlán de los Reyes, y el Albergue y Comedor de la Parroquia de Guadalupe en la ciudad de Córdoba. Al igual que “Las Patronas”, las personas que integran el grupo “Vive Migrante” (mujeres en su mayoría), tienen una incidencia práctica en las vivencias de los migrantes que transitan por su entorno local, si bien no han adquirido tanta visibilidad en la esfera pública.

Así mismo, del año 2001 al 2004 estuvo en funciones el Centro de Atención al Migrante Ricardo Zapata, ubicado en la Colonia Modelo de la ciudad de Orizaba, a unos metros de las vías del tren. Este albergue funcionaba bajo el resguardo de la parroquia María Auxiliadora de Río Blanco, y estaba al frente del mismo el párroco Francisco Lemus; se contaba con la participación voluntaria de los fieles y otros sectores de la sociedad civil orizabeña. Después de tres años de intenso trabajo de apoyo a los cientos de migrantes centroamericanos que atravesaban la zona, cerró sus puertas tras las presiones ejercidas por los vecinos de la colonia, quienes consideraron

amenazante el flujo de migrantes indocumentados. Uno de ellos fue acusado de haber agredido a una menor de edad, y también corrieron rumores sobre uso de drogas y la presencia de traficantes de personas por los alrededores del albergue (Jairo Guarneros, comunicación personal).

La Colonia Modelo, desde entonces, adquirió el estigma de ser una zona de peligro por tratarse de un sitio de reunión de centroamericanos en espera del paso del tren, o aguardando a ser acogidos en el albergue. Si bien en ésta ciudad y en las localidades aledañas (Ciudad Mendoza, Río Blanco, Nogales, Yanga, Fortín y Córdoba) los migrantes han sido hasta cierto punto estigmatizados, siempre se ha contado con la ayuda solidaria de individuos y familias que a título personal -es decir, sin adscripción a colectivos o asociaciones- les proporcionan ayuda monetaria, empleo temporal, alimentación e incluso hospedaje.

Algunos migrantes permanecen temporalmente en la zona y sus alrededores, en tanto reúnen fuerza y dinero para continuar la travesía, pero hay quienes se han instalado definitivamente, sobre todo a partir de la consolidación de una relación de pareja y un proyecto familiar. Sin embargo, no existen cifras oficiales al respecto, ya que en muchas ocasiones la condición y sentimiento de ilegalidad tiende a perdurar, lo cual incide en intentos por pasar desapercibidos, mimetizándose en la medida de lo posible en el espacio local.<sup>4</sup>

No obstante lo anterior, en términos numéricos, culturales y sociales, las características del fenómeno de asentamiento definitivo en esta región veracruzana, distan mucho de ser equiparables a lo que acontece en la zona fronteriza del estado mexicano de Chiapas, donde numerosos centroamericanos -en especial de Guatemala, Honduras y El Salvador- se han quedado a vivir y trabajar en la región, si bien ésta no era su meta inicial (Rivas, 2013; Fernández-Casanueva, 2012; entre otros).

Existen casos excepcionales de inmigrantes hondureños que han buscado y adquirido visibilidad en la zona. Tal es el caso de Lucía Martínez -una mujer de la etnia garífuna- y su grupo familiar, quienes enfatizan elementos diacríticos de su etnicidad (Barth, 1979), en su inserción a la sociedad regional. Lucía y su familia (conformada por ella, sus dos hijos y varios sobrinos) residen en la ciudad de Córdoba desde hace más de una década. Ella quedó al frente de su unidad familiar desde el año 2013, cuando falleció su esposo, Yura Florez Suazo, músico, compositor y promotor de la cultura garífuna.

Yura y su familia integraron el grupo musical denominado “Yura Santo Negro y las Chicas del Ángel”; llegaron a Córdoba a principios del siglo XXI con visa de turistas, contratados por una empresa local interesada en dar a conocer la tradición musical garífuna (Lucía Martínez, comunicación personal). Se establecieron en Córdoba tras adquirir sucesivos contratos como músicos, lo cual les permitió sobrevivir y eventualmente tramitar la llegada de algunos familiares que se incorporaron en el grupo musical.

---

4 Durante el trabajo de campo en el municipio de Yanga, vecino a la ciudad de Córdoba, pude constatar la negativa de algunos residentes hondureños para proporcionarme entrevistas, evadiendo los encuentros y citas previamente adquiridas.

Antes de residir en tierras veracruzanas, Yura Santo Negro y su grupo ya habían realizado algunas visitas al país como invitados en diferentes festivales, en calidad de representantes de la cultura garífuna, por ejemplo en el Festival Internacional Cervantino, en la ciudad de Guanajuato y en el Festival Afrocaribeño en la ciudad de Veracruz. También se presentaron en diferentes foros en Holanda, España, Francia, Italia, Brasil, ya que les interesaba difundir “el amor viviente que tenemos unos con otros como hermanos de la herencia garífuna con raíces africanas que estamos compartiendo con todo el mundo entero”.<sup>5</sup>

Yura, compositor, cantante, músico y bailarín, fue un activo promotor de las manifestaciones culturales garífunas, así como de las raíces afroescendientes de los habitantes de esta región veracruzana, en especial en Yanga (localidad conocida como el “Primer Pueblo Libre de América”), Córdoba, Ixtaczoquitlán, Cuitláhuac y Orizaba, a donde Yura y sus Chicas del Ángel eran frecuentemente invitados. Tras su muerte, su esposa Lucía junto con sus hijos y sobrinos han tratado de seguir la ruta trazada por Yura. No obstante, el camino ha sido difícil para ellos frente a la ausencia de la figura carismática de su líder. Sin embargo, dado que su situación migratoria ha sido regularizada, optaron por permanecer residiendo en la ciudad de Córdoba y eventualmente participan en festivales y eventos artísticos locales y regionales.

A partir de este ejemplo, resulta pertinente observar e indagar más a fondo acerca de la existencia de una identidad étnico-racial que se activa en determinados contextos de la migración centroamericana, y si ésta se cruza con otras formas de identificación (nacional, legal, ocupacional, etc.). Este grupo de artistas hondureños garífunas, enlazados por redes familiares, han mostrado capacidad de agencia a partir de la visibilización de la diferencia cultural y étnica. Aún en un reducido margen de maniobra; han activado saberes y prácticas que se tradujeron en estrategias de subsistencia en el nuevo entorno. Con el paso del tiempo establecieron contactos que favorecieron su inserción en el contexto local, regional y nacional. Éste no ha sido el caso, sin embargo, de otros migrantes hondureños –un sector de ellos también garífuna- para quienes el tránsito por esta región ha sido menos estratégico y esperanzador.

### 3. “Vive Migrante” en Guadalupe La Patrona

La red ferroviaria mexicana ha sido -y es aún- una tecnología clave para la movilidad de indocumentados centroamericanos. El tren conocido como La Bestia, procedente del sur del país, atraviesa diariamente la región de Córdoba-Orizaba, Veracruz, donde se ubican el municipio de Amatlán de Los Reyes y su congregación Guadalupe La Patrona. Este municipio se localiza pues en el área central del estado de Veracruz, en el Valle de Orizaba, aledaño a la Región de las Grandes Montañas. Su extensión territorial es de 148.88 kilómetros cuadrados. Colinda al norte con los municipios de Córdoba, Ixhuatlán del Café y Atoyac, al este con Atoyac y Yanga, al

5 “Yura Santo Negro. Un garífuna que disemina su cultura en tierras potosinas”, en: <http://www.Parajetunero.blogspot.mx>, publicado el 14 de agosto de 2012, recuperado el 11 de enero de 2016.

sur con Cuichapa, Yanga, Naranjal, Fortín, Omelca y Coetzala y al oeste con Fortín y Córdoba. Se localiza a 170 kilómetros de la ciudad de Xalapa, la capital del estado de Veracruz. Se trata de un municipio eminentemente rural.

Según el último Censo de Población y Vivienda (INEGI, 2010), el municipio de Amatlán de los Reyes tenía aproximadamente 42,268 habitantes. El municipio se integra por nueve localidades, siendo la cabecera, Amatlán de los Reyes, la mayor de ellas con 9 123 habitantes en 2010. También cuenta con diez congregaciones, todas ubicadas en el corazón de la zona cañera y cafetalera de la región; la mayor de ellas es Guadalupe La Patrona con 3 569 habitantes; le siguen Ojo de Agua Grande, California, Ojo de Agua Chico, Fraternidad, Venta Parada, Cañada Blanca, El Oate, Los Ángeles y La Toma.

Guadalupe La Patrona se ubica entre los 680 y 700 MSNM, en un fértil valle rodeado de montañas pertenecientes a la Sierra Madre Oriental, en cuyo fondo destaca la cima nevada del volcán Pico de Orizaba, la elevación más alta de México. Sus habitantes se dedican sobre todo al cultivo de caña de azúcar, producción destinada a los ingenios azucareros San Miguel y San Nicolás. La localidad se encuentra a una distancia de cinco kilómetros al sur de la cabecera municipal y a unos 8 kilómetros de la ciudad de Córdoba, el centro urbano más importante en la región. Para nuestros fines, interesa destacar que esta pequeña población es sitio de paso del ferrocarril procedente del sureste mexicano

Guadalupe La Patrona se conformó como tal a fines de la década de los años treinta del siglo veinte. Antes de esta fecha, las tierras pertenecían a una importante hacienda -la Hacienda Guadalupe- en manos de propietarios privados. Como resultado de la Reforma Agraria, dicho territorio fue repartido entre los habitantes y extrabajadores de la Hacienda. La localidad quedó integrada por dos ejidos: el ejido Guadalupe que conforma la parte norte de la congregación (colinda con Amatlán) y el ejido La Palma, que se ubica en la porción sur del territorio. Los pobladores de ambos ejidos se dedican al cultivo de caña en las partes planas, y de café en las laderas de los cerros.

Sin embargo, hoy en día muchos de los habitantes (sobre todo varones) de Guadalupe La Patrona, así como de otras localidades y rancherías del municipio y sus alrededores, han emigrado fuera de la localidad a causa de la falta de subsidios al campo y los elevados costos de producción. Las familias sobreviven, en parte, de las remesas que envían quienes trabajan en las fábricas y en la industria de la construcción en los centros urbanos regionales (Córdoba, Orizaba, Fortín, Veracruz), nacionales (Ciudad de México y las ciudades norteafricanas fronterizas), y en campos agrícolas y centros urbanos de Estados Unidos.

En este marco local y regional, ha cobrado fama internacional la labor de un grupo de mujeres conocidas como Las Patronas, quienes se dedican desde hace alrededor de veinte años, a apoyar a los migrantes centroamericanos en tránsito por Guadalupe la Patrona. Movidas por el deseo de ayudar, preparan alimentos diariamente para repartirlos entre los migrantes que viajan sobre La Bestia. Su actividad altruista ha sido ampliamente reconocida por organismos internacionales; en el año 2013 recibieron el Premio de Derechos Humanos que otorga la Comisión Nacional de Derechos Humanos, y su labor ha sido registrada por fotógrafos, periodistas y cineastas.

En esta misma localidad existe una organización similar, denominada “Vive Migrante”, la cual surgió como una escisión de Las Patronas en el año 2009; realiza una labor análoga aunque con recursos más modestos y menor visibilidad mediática. Este grupo se encuentra adscrito a la Iglesia Católica, en particular a la Pastoral Social de la Parroquia de Amatlán de los Reyes. Está integrado por alrededor de quince o veinte personas, la mayoría de ellas mujeres de diferentes edades. Si bien participan algunos hombres ayudando en tareas muy definidas (como partir leña, acarrear agua y cargar bultos pesados), son ellas quienes asumen las tareas sustantivas para lograr su objetivo de repartir alimentos a los migrantes en tránsito: consiguen donativos en dinero o en especie, cocinan, realizan tareas de limpieza, empaacan y reparten las raciones de comida. Para ello han desarrollado una serie de sencillas reglas y estrategias para organizarse de manera práctica, ciñéndose a las directrices de la Pastoral Social de la Parroquia de Amatlán de los Reyes, a cargo del sacerdote Julián Verónica

El grupo “Vive Migrante” tiene como sede de actividades el domicilio particular de la señora Clementina Romero (doña Clemen). Su casa cuenta con un corredor amplio, techado con láminas, y un patio al aire libre con piso de tierra, en cuyo extremo se ubica un rústico brasero de leña; es aquí donde se preparan diariamente el arroz y los frijoles que serán repartidos a los migrantes en tránsito por La Patrona. En el espacioso corredor se ubica una mesa de buen tamaño, hecha de tablones, misma que se utiliza para empaacar en bolsas de plástico los alimentos que serán lanzados al vuelo a los viajeros.

Para llevar a cabo esta labor, realizan acopio de alimentos y de donativos que reciben de asociaciones religiosas católicas, así como de grupos e individuos de la sociedad civil. Por ejemplo, locatarios del mercado municipal de Córdoba proporcionan fruta y verdura semanalmente (productos que no pudieron vender pero que se encuentran aún en buen estado); una cadena de super-mercados les proporciona gratuitamente productos de panadería que se quedan rezagados en los anaqueles (a cambio de que las encargadas de recoger el pan cada sábado, limpien las instalaciones y enseres utilizados para su elaboración). También recolectan botellas de plástico vacías, las cuales son lavadas y rellenadas con agua potable y son destinadas también a los migrantes en tránsito.

Las tareas diarias de cocina y repartición de alimentos se realizan de forma rotativa entre los miembros del grupo. Por la mañana, se presentan en la casa de doña Clemen las encargadas en turno para iniciar las labores del día: encender el fuego en el brasero, cocinar algunos kilos de arroz -calculando la cantidad de “lonches” que deben preparar de acuerdo a la afluencia de migrantes que puede haber en la jornada- seleccionar piezas de pan y empacarlas en bolsas de plástico, junto con una porción del arroz cocinado. Es preciso tener todo listo antes de las tres o cuatro de la tarde, pues se desconoce la hora exacta en que pasará el tren con los migrantes a bordo, pero suele ser antes del atardecer.

Es notable la destreza desarrollada por las mujeres del grupo para identificar el sonido del tren a la distancia. Aguzando el oído, doña Clemen, sus familiares y los colaboradores en turno, identifican sin falla el peculiar sonido de La Bestia cuando se acerca al poblado. Reaccionan de prisa, toman velozmente las bolsas de alimentos atadas con un cordel, así como las botellas de agua y colocan todo en

cajas de plástico. Corriendo con su cargamento a cuestras, atraviesan los cien metros que separan la casa de las vías. Cuando el tiempo es húmedo, el acceso es resbaloso y hay peligro de caerse con todo y caja. Pero su traslado suele ser ágil y eficiente; se apostan a un lado de las vías y miden con cuidado la distancia pertinente para lanzar las bolsas de alimentos sin riesgo de ser arrolladas por el tren.

Cuando La Bestia se aproxima, se colocan en posición de lanzamiento. Los migrantes se cuelgan de las barandillas y se inclinan con sorprendente habilidad para capturar el paquete que se les ofrece al paso. Quienes van arriba de los vagones tratan de rescatar las bolsas que se lanzan al vuelo. Los rostros de todos, de donadores y de receptores, irradian alegría. Después de breves minutos, La Bestia desaparece curvando entre los cañales y matas de plátano y las mujeres retornan ligeras, con las cajas vacías, a la casa de doña Clemen. Comen a su vez mientras comentan la experiencia y los incidentes particulares (aquél muchachito que no alcanzó nada en la repartición, la fortuna de haber llegado a tiempo, el resbalón en el lodo, etc.). Transmiten gozo y satisfacción si lograron entregar los alimentos preparados durante la jornada; pero se sentirá si tuvieron que regresar con los “lonches”, por falta de tránsito de migrantes.

El trayecto por esta ruta se ha visto notablemente disminuido a partir de la implementación del Plan Frontera Sur, mismo que ha dado lugar al recrudescimiento de los operativos de vigilancia oficial que tratan de impedir que los migrantes utilicen este medio de transporte. En el curso de los años 2014 y 2015 los vagones llevaron –en los mejores casos– apenas unas dos o tres decenas de migrantes en su paso por La Patrona, pero hubo muchos días en que pasaron totalmente vacíos.

Es preciso tomar en cuenta que las lógicas de movilidad transnacional coexisten con los flujos internos, organizados en torno a los espacios de trabajo. Como se señalaba líneas atrás, los habitantes de las localidades de Amatlán de los Reyes, como en el resto del campo veracruzano, recurren al trabajo migratorio dentro y fuera del país, ante las dificultades para la producción y comercialización a las que se enfrentan las unidades domésticas campesinas. Es importante destacar que la mayoría de quienes colaboran en “Vive Migrante” experimentan condiciones de fragmentación familiar, ya que alguno o algunos de sus parientes han emigrado a otra zona del país o a Estados Unidos. Esta realidad quizás ha sido una fuente de motivación para llevar a cabo las labores de apoyo a los migrantes, como señala una de las integrantes del grupo:

Para mí ayudar al migrante es una satisfacción; es algo muy bonito cuando uno ve que ya por lo menos ese día van a tener algo qué comer. Regreso contenta a mi casa y le doy gracias a Dios porque me permitió ayudar un poquito a mi prójimo. Uno no sabe ni quiénes son, pero yo me quedo pensando que podría ser uno de mis hijos o cualquier otro familiar que anda lejos, qué tal si tienen hambre o frío y alguien también les está dando la mano.

A partir de la síntesis de diferentes relatos de los migrantes que se han detenido a su paso por su pueblo, las integrantes del grupo han elaborado un imaginario –que tiene mucho de real– en torno a un trayecto pleno de dificultades, como señala otra de las colaboradoras:

No lo hacemos por interés, nosotras no ganamos nada con esta labor. Más bien tenemos que poner de nuestra bolsa. Mire, yo por ejemplo tengo que pagar

mi pasaje desde El Oate y a veces no tengo, pero yo como quiera llego, aunque sea caminando. Y tengo que ver con quién dejo a mi mamacita que ya está grande y está enferma, hay cuidarla y darle de comer. Pero a mí me gusta venir a ayudar, porque veo a los migrantes y se me parte el corazón...algunos están jovencitos; pienso en sus mamás, que sentirán de no saber dónde andan sus hijos, si ya comieron, si ya les robaron sus cosas, si algo les pasó. Sólo Dios sabe lo que ellos sufren en el camino.

A través de sus acciones cotidianas, quienes colaboran en “Vive Migrante”, participan de una transformación de los estilos de convivencia y de representaciones acerca del Otro. Tienen la habilidad de articular, desde su ámbito estrictamente local, espacios de participación y ciudadanía que se vinculan tanto a historias individuales, como a los contextos globales. En este sentido, es posible hablar de una visión incluyente, conectada con las problemáticas de otros contextos y con actores externos a su entorno social y cultural.



**Ilustración 2.** Integrantes del grupo “Vive Migrante” en Guadalupe La Patrona  
Foto: María Teresa Rodríguez

## 4. Un comentario final

¿Práctica religiosa o ciudadanía sustantiva?

En este texto nos hemos referido a la revaloración de lo privado en la confluencia de individuos organizados en torno a un interés común: la participación en la solución de una de las problemáticas sociales más relevantes en su entorno inmediato.

El flujo migratorio sur-norte desde Centroamérica pone al descubierto que los Estados no han tenido capacidad de otorgar ocupación, seguridad y bienestar social a toda su población. Antes bien se han convertido en naciones expulsoras, integrando, junto con ciudadanos mexicanos, un ejército de mano de obra para

los Estados Unidos. Investigaciones recientes han evidenciado que la migración desde Centroamérica es impelida por las nulas posibilidades de ascenso, el continuo empobrecimiento y las escasas garantías de seguridad (Asakura, 2014, 20).

La incapacidad del Estado para responder ante situaciones críticas, genera un desplazamiento hacia la sociedad civil, cuyos miembros tienen la opción de actuar o no actuar frente a la injusticia y el sufrimiento. Este tipo de responsabilidad hacia los otros está en la base del comportamiento solidario, el cual revaloriza el espacio privado como ámbito de asociación y organización, rebasando límites y fronteras institucionales, y constituyendo formas hasta cierto punto independientes de hacer política (Bolos, 2008, 13).

En “Vive Migrante” se realizan prácticas ciudadanas orientadas por los valores éticos de la democracia y del catolicismo: la búsqueda de igualdad y justicia para todos. De este modo, sus miembros construyen un escenario que permite relativizar el antagonismo potencial que existe en el plano social, dirigiendo la mirada hacia el Otro, el extranjero, el migrante sin rostro y sin documentos. Esta instalación de un pluralismo agonístico, permite hacer visibles las diferencias interviniendo de manera activa. El sentimiento de injusticia y la empatía hacia el sufrimiento de ese Otro, son movilizados de acciones por los derechos fundamentales de todo ser humano.

El estatus migratorio determina el ejercicio de derechos desde el momento mismo en que se sale del propio país, y es un factor decisivo durante el trayecto y en el lugar de destino. Durante el tránsito, la condición de indocumentados se convierte en un estigma que se refleja en una serie de abusos y conductas discriminatorias. En el lugar de destino, los migrantes en situación irregular carecen de la posibilidad de salir libremente, a menos que corran de nueva cuenta todos los riesgos que ello implica.

Los migrantes no son, por fortuna, desacreditados en todos los contextos de tránsito o permanencia. En el trayecto, encuentran personas con quienes comparten su mundo estigmatizado y construyen lazos afectivos y experiencias efímeras pero significativas.

La labor de “Vive Migrante” es un claro ejemplo de la tendencia a articular espacios de participación y ciudadanía a los contextos globales. Como señala Bolos (2008) los colectivos juegan un papel central en la formación de ciudadanía, en la medida en que otorgan una percepción de fuerza y poder para la obtención de determinados objetivos y metas. Las creencias religiosas y los valores éticos juegan un papel fundamental en este tipo de acciones de solidaridad, que devienen en conexiones entre actores locales y actores transnacionales. “Vive Migrante” es una respuesta concreta y genuina, frente a los esquemas de movilidad que se definen con base en la geo-política internacional. Se trata, en definitiva, de una forma extra-institucional de hacer política, desde la sociedad civil como lugar de lo común frente al Estado ineficiente y autoritario.

## Referencias bibliográficas

- Alvarez, S. (2011). Transitando entre imágenes de guerra: la migración indocumentada en la ruta clandestina Ecuador-México-Estados Unidos. *Escenarios XXI*, año II, (1), pp. 48-49.
- Asakura, H. (2014). *Salir adelante: Experiencias emocionales por la maternidad a distancia*. México: CIESAS.
- Barth, F. (1979). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barrón Cruz, M. G. (2013). *La Bestia. La tenue línea entre la migración y la trata de personas*. México: Instituto Nacional de Ciencias Penales.
- Bolos, S. (2008). Espacios públicos/privados: El problema de las mediaciones. En: S. Bolos (coord.) *Mujeres y espacio público: construcción y ejercicio de la ciudadanía*. (pp. 11-27). México: Universidad Iberoamericana.
- Choy Gómez, J. (2013). *Entre dos tierras: Integración y transnacionalismo de personas migrantes hondureñas y sus descendientes en Tapachula, Chiapas*. Tesis de Maestría en Antropología Social. San Cristóbal de las Casas, CIESAS-Sureste.
- Comisión Nacional de Derechos Humanos. (2009). *Diagnóstico de las condiciones de vulnerabilidad que propician la trata de personas en México*. México: Centro de Estudios e Investigación en Desarrollo y Asistencia Social.
- Fernández Casanueva, C. (2012). Tan lejos y tan cerca: Involucramientos transnacionales de inmigrantes hondureños/as en la ciudad fronteriza de Tapachula, Chiapas. *Migraciones Internacionales*, 6, (4), pp. 139-172.
- Fernández Casanueva, C. (2010). *Papel y aportación de los y las migrantes hondureños (as) residentes en la región del Soconusco, Chiapas*. Proyecto financiado por FOMIX-CONACYT. México, inédito.
- Rivera Farfán, C. (2014). Niños, niñas y adolescentes centroamericanos en el mercado laboral de la frontera Guatemala-México: Hacia la evidencia de una presencia encubierta y simulada. En: C. Rivera Farfán (coord.). *Trabajo y vida cotidiana de centroamericanos en la frontera suroccidental de México*. (pp. 169-195), México: CIESAS.
- Rivas Castillo, J. (2013). *Los que se quedan en el camino: Inmigrantes salvadoreños en Puerto Madero, Chiapas*. Disertación doctoral en Ciencias Sociales. CIESAS-Occidente.
- Wilson González, J. (2014). Tirando caña: Experiencias laborales-migratorias de adolescentes guatemaltecos cortadores de caña. En: C. Rivera Farfán (coord.). *Trabajo y vida cotidiana de centroamericanos en la frontera suroccidental de México*. (pp. 137-168). México: CIESAS.